

## ¿Cómo afecta a la vida de cada día creer en Dios? Porque hay personas que creen en Dios y no se comportan bien; otras, en cambio, hacen el bien y no creen en Dios...

**E**n la pregunta va implícita la respuesta. Efectivamente creer en Dios compromete la vida de cada día. Por eso se critica a la Iglesia por la vida –a veces escandalosa– de algunos cristianos: «¡Menos rezar e ir a Misa y más caridad, comprensión, hacer bien y no hacer mal a los demás, especialmente a los más inocentes!». Esas expresiones y otras parecidas, aunque no son verdad siempre y en todo, en cierto modo parten de la intuición verdadera de que creer en Dios afecta de manera decisiva a la vida de cada día, de ahí que el cristiano tenga que convertirse.

Me parece que estas tres ideas pueden ayudar a comprenderlo: 1) La fe ilumina todo mi conocimiento de la realidad; 2) la fe cristiana une religión y moral, es decir, une inseparablemente la relación con Dios y la relación con los demás y con el mundo; 3) la fe cristiana se dirige al interior de la persona, a lo más profundo de su ser, y desde ahí se extiende a todas sus obras.

1. En primer lugar, la fe cristiana afecta a la vida de cada día en toda su extensión porque la fe da una luz especial

sobre todas las cosas. La concepción de la vida o del mundo que cada persona tiene, depende de la pregunta sobre Dios, el alma (es decir, la propia identidad) y el mundo. Pues bien, la fe me ilumina sobre cada una de esas realidades y, por tanto, me ayuda a configurar mi visión del mundo y de la vida.

2. En segundo lugar, la fe cristiana une religión y moral. Es decir, un cristiano no puede separar su relación con Dios de su relación con los demás y con el mundo. No son dos cosas que van por vías distintas y no tienen nada que ver. El amor de Dios me pide que ame al prójimo –cualquier persona– como a mí mismo, y solo amando así al prójimo puedo amar a Dios.
3. En tercer lugar, el cristianismo no es una religión de hacer cosas, cumplir una serie de ritos y aparentar exteriormente. Se dirige al interior de la persona, porque, como enseña Jesucristo, de dentro del corazón del hombre surge lo malo y lo bueno. Lo que se manda es el amor que solo

es verdadero si es auténtico, si surge de lo más profundo de la persona y si abarca vida y obras («obras son amores, y no buenas razones», dice el refrán).

Voy a explicarlo a partir de esta anécdota real que me llegó en un boletín de prensa electrónico:

«A una joven de familia acomodada, con estudios universitarios, le correspondió ir con otras compañeras a la “Nirmal Hriday”, el Hogar del Moribundo abandonado, que las Misioneras de la Caridad tienen en Calcuta para atender y cuidar a enfermos agonizantes recogidos en calles y plazas de la ciudad. Antes de salir, la Madre Teresa de Calcuta les dijo: “Habéis observado con cuánto amor y delicadeza el sacerdote, durante la misa, ha tratado el cuerpo de Cristo. Procurad vosotras hacer lo mismo cuando estéis en el Hogar, puesto que allí se encuentra Cristo, ya no bajo las apariencias de pan y vino, sino bajo las apariencias de dolor, de sufrimiento...”. La Madre Teresa añadía: “Horas más tarde todas se encontraban de vuelta. Una de ellas, justamente la que había llegado de la universidad, corrió hacia mi despacho y, con una limpia sonrisa dibujada en su rostro y con el contento interior que da la generosidad cristiana, me dijo: –Madre, durante tres horas he estado tocando el cuerpo de Cristo. Yo le pregunté: –¿Qué es lo que ha sucedido? Ella contestó: –Al poco de llegar, trajeron a un enfermo moribundo recogido por la calle. Estaba cubierto de gusanos... No me resultó fácil. Pero me di cuenta de que en él estaba tocando, lim-

piando, curando el Cuerpo de Cristo sufriendo» (*El Cuerpo de Cristo*, La Razón, J. M<sup>a</sup>. Alimbau).

Es verdad que se trata de un ejemplo extremo, pero así podemos abarcar toda la realidad. Analicemos el caso.

1. Madre Teresa explica el corazón de la solución: el amor a Cristo en la eucaristía nos lleva a este amor al prójimo.
2. La fe me permite ver que un moribundo en realidad es Cristo, el Hijo de Dios, la Persona más importante de la historia. Y tengo que tratarlo en consecuencia. Pero si un moribundo es Cristo, entonces también lo es mi amig@, mi novi@, mi compañer@ de trabajo, mi espos@, toda persona que me encuentre en mi día a día, todo prójimo. También a ellos los debo tratar de la misma manera.
3. Además, no es Cristo quien me necesita a mí, sino que en realidad soy yo quien necesita a Cristo. Cristo me enseña y me hace posible amar de verdad. Solo cuando aprendo a amar así y soy capaz de realizarlo, toda mi vida cobra el sentido que tiene.

En definitiva, creer en Dios afecta radicalmente a la vida de cada día. El núcleo de todas estas realidades es el doble precepto del amor a Dios y al prójimo como a uno mismo, resumen de toda la ley de Dios, es decir, voluntad de Dios para cada persona cada día.

La fe cristiana construye la civilización y cada cristiano edifica su vida sobre este principio. De un lado, solo el amor a Dios hace posible un amor al prójimo con esas

características. Benedicto XVI en una de sus encíclicas llamada *Deus caritas est*, o sea *Dios es amor*, explica el motivo de esta inseparabilidad con una idea que podríamos sintetizar así: ¿Por qué para amar al prójimo –cualquier persona– necesito amar a Dios? Porque solo si amo a Dios puedo llegar a percibir con toda su hondura quién es esa persona, el prójimo, cualquier persona; un hijo de Dios que espera un trato de amor acorde con su dignidad de hijo de Dios; una persona que espera porque merece un amor divino. Y eso solo lo puedo comprender y dar si yo tengo ese amor de Dios que me da Jesucristo.

Y, de otro lado, solo el amor puede llegar al centro o fondo de la persona, y desde ahí puede difundirse a través de toda la realidad personal –amigos, trabajo, diversión, etc.– hacia el mundo que vivimos. Así pues, la fe que da paso a este amor afecta a la vida entera de cada día: oración, amistad, trabajo, diversión, etc.

Como escribe san Juan de la Cruz, «al atardecer de la vida te examinarán de amor». El amor a Dios que hemos puesto cada día en las personas que hemos tratado y en las cosas que hemos hecho. El amor de Dios que san Pablo nos dice que «ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Carta a los Romanos* 5, 5).■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica,  
1691 ss.

Pablo Marti